

Escribas*

Sergio Pérez Cortés

SOLO Y EN SILENCIO, SENTADO ante el escritorio de mi estudio, estoy tratando de poner por escrito mis pensamientos sobre una página en blanco. Tengo ante mí hojas de papel, una gran cantidad de notas, una pluma y recorro a un tipo de escritura cursiva sin ninguna disciplina pero suficientemente rápida como para seguir relativamente de cerca el hilo de mis ideas. Nada extraordinario se dirá, y con razón. Y sin embargo este acto de apariencia cotidiana es, en cada uno de los rasgos que lo conforman, la confluencia de profundas transformaciones que permanecen ocultas tras un título genérico: *escribir*. Si llamamos “relación de escritura” a este encuentro entre el escritor y su página, entonces la nuestra es sólo una entre otras posibles “relaciones de escritura”.

Las diversas formas de aproximación a la página se explican porque, dentro de los diversos modos de comunicación humana, el acto de escribir tiene una historia propia. En efecto, el ser humano es por definición un hablante y el lenguaje es su forma básica de comunicación: en su código genético se encuentra alojada tal facultad, la cual ejercerá espontáneamente a medida que alcance cierto grado de madurez dentro de alguna comunidad humana. Pero la naturaleza no ha hecho del hombre un lector ni un escritor. El lenguaje forma parte de la definición de *humanidad* mientras la escritura es apenas una invención reciente. El primero es el fundamento natural de la comunicación, en tanto que la segunda resulta del esfuerzo deliberado por crear un medio alternativo, que

sea a la vez visible y permanente. En consecuencia, la escritura ofrece dos aspectos relevantes: desde el punto de vista técnico es un sistema de intercomunicación por medio de signos convencionales visibles; sin embargo, siendo un producto humano, la escritura está sujeta adicionalmente a accidentes debidos a su inserción en una cultura y una sociedad determinada, es decir una historia llena de egoísmo, aversión, amor u odio. Desde luego el lenguaje también tiene una historia, pero ésta se desarrolla sin la intervención consciente de los hablantes mientras que, sin una decisión de la voluntad, la escritura no se crea o se fosiliza.

Existen excelentes historias de la escritura centradas en los aspectos funcionales de cada sistema cuyos principios constituyen la ciencia llamada *gramatología*. Pero normalmente dichas narraciones no prestan ninguna atención al individuo que utiliza dichos sistemas y dejan sin respuesta cuestiones como ¿quién realiza la escritura?, ¿cómo la adquiere?, ¿con qué propósitos hace uso de ella? Esto último es, por el contrario, el dominio de interés de nuestro trabajo. El escritor que se aproxima a la página lo hace impulsado por ciertas motivaciones, haciendo uso de determinados instrumentos, obedeciendo a cierta disciplina corporal y teniendo en mente un público de lectores y otros escritores a los que su texto va dirigido. Intentaremos seguir los pasos del escritor antiguo mientras se aproxima a su lugar de trabajo, penetrar tras él y mirar por encima de su hombro mientras labora. La nuestra no es entonces una historia de la innovación técnica que es la escritura sino un fragmento histórico del acto de escribir, del personaje que lo realiza, de su comportamiento gestual, de sus utensilios y de su universo espiritual. Desea ser un pequeño homenaje a aquellos que han empuñado el pincel

* Este texto es un extracto del libro que, con el mismo título, será publicado por la Coordinación General de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma Metropolitana. A manera de adelanto ofrecemos algunos fragmentos del original.

y la pluma y, puesto que se concentra en la antigüedad, les ha tomado prestado el nombre: *escribas*.

A pesar de su aparente sencillez, la relación de escritura está compuesta de una serie de minucias que incluyen los instrumentos del escriba, el grado de instrucción del escritor y las habilidades que le son indispensables, los tipos gráficos manuscritos disponibles y la disciplina corporal necesaria al acto de escritura. En esto último concentraremos nuestra atención en estas notas: en la gestualidad del escriba. Naturalmente, desde la invención de la escritura la fisiología humana no se ha modificado y tampoco han cambiado las premisas fisiológicas del acto de escribir. Pero el funcionamiento corporal en una cultura es tan variable que pueden constatar posturas extremadamente diferentes, algunas de las cuales podrían parecer imposibles al escritor moderno si no fuese porque están bien testificadas en los escribas antiguos. La diversidad es muy grande y el único límite parece ser que el gesto del escritor no se encuentre imposibilitado. En todos los casos, el escritor obedece a algún tipo de disciplina corporal. Entre nosotros ya se ha perdido el recuerdo de la adquisición de ese dominio de sí mismo por el cual la mano, vigilada por los ojos, ejecuta los signos mientras la boca murmura o cesa por completo la vocalización y el cuerpo reduce sensiblemente su movimiento. Al taciturno escritor moderno tal inmovilidad le parece algo natural, pero para los antiguos grecolatinos el mundo del escriba debió ofrecer un pálido contraste con el excitante, dramático y deslumbrante mundo del orador ante su público. De estas notas resalta el hecho de que la actitud del escritor moderno, sentado ante su mesa plana de trabajo, es un gesto reciente. De hecho, no aparece en ninguno de los momentos que habremos de examinar, sea en el escriba egipcio, el escriba grecolatino o el copista medieval. Veamos.

LA POSTURA DEL ESCRIBA EGIPCIO

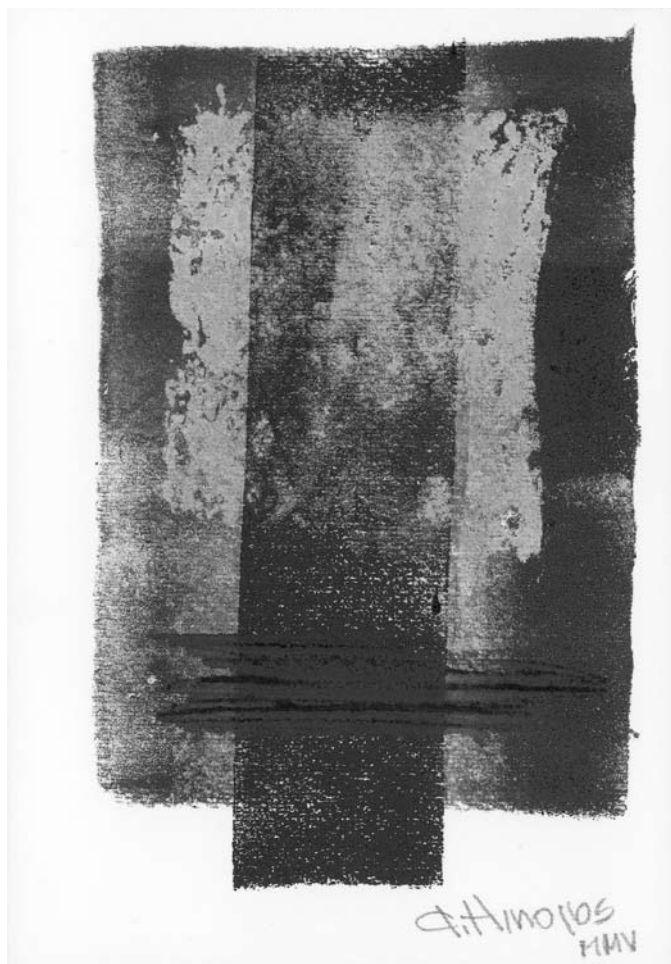
La imagen del escriba egipcio en su postura de trabajo se encuentra bien representada en la estatuaria desde los tiempos más remotos del Imperio Antiguo. En relieves y pinturas los escribas llegaron a ser representados en diversas posiciones: ahí se les observa escribiendo de pie, sobre un rollo o sobre algo que parece una tablilla rígida que sostienen con la mano izquierda; también se les ve en cuclillas, escribiendo en una tablilla de madera apoyada sobre su caja de documentos, o bien sentados en taburetes, escribiendo en su regazo con un cesto a su lado, en una suerte de oficina de registros. Es posible que en su trabajo administrativo no estuvieran siempre de cuclillas

en el suelo, pero sin duda entonces realizaban escritos menores y tal vez eran escribas que pertenecían a la categoría más modesta. Lo que la estatuaria ha inmortalizado en realidad es la posición formal del escriba egipcio: sentado en el suelo o en un escabel con las piernas cruzadas, la falda del vestido subida hasta las rodillas y bien tensa, para ofrecer superficie de apoyo a la escritura. El rollo era colocado en esta superficie, en ángulo recto al cuerpo, desenrollado con la mano izquierda hasta el punto donde debía comenzar a escribir y, a medida que avanzaba, era vuelto a enrollar con la mano derecha. En algunas imágenes la rodilla izquierda aparece elevada, pero el rollo se extiende igualmente sobre el faldellín. Debió ser una postura habitual porque las estatuas son paradigmas del oficio y no imágenes personales de individuos: su actividad debía ser de inmediato comprensible al observador pues lo importante no era el trabajador, sino sólo la naturaleza del trabajo. Normalmente el escriba sostiene en la mano derecha el junco con el que realiza la escritura. Ignoramos si todos ellos eran diestros, pero en efecto en las culturas mediterráneas hay predominancia de la mano derecha y el total de las imágenes conservadas utilizan la diestra.

En la actitud corporal del escriba se ofrecen, concentrados en un gesto, valores como el simbolismo y la valoración social de la escritura. Su postura es en primer lugar de humildad. La gente común en el Egipto antiguo se sentaba en general en cuclillas, lo que era signo de modestia. Por eso el decoro exigía que el escriba fuese representado con el vestido común de las personas: con un faldellín enrollado alrededor de los riñones, sostenido por un cinturón, con el torso desnudo y no con el vestido transparente, lleno de pliegues, que desde los hombros descendía hasta los pies, propio de los personajes de alto rango, en especial durante el Nuevo Imperio. Su postura y vestido reflejaban el hecho real de que el escriba era sirviente del rey y del Estado. No era un gesto digno del más elevado entre los mortales y por ello los faraones nunca fueron representados como un escriba en cuclillas, o en posición de leer y escribir. Pero, simultáneamente, tan modesta como fuese su actitud, ese gesto representaba la posesión de la escritura y la dignidad que corresponde a un individuo no sólo letrado sino también influyente. La estatua indicaba el alto estatus de la alfabetización y el valor de la instrucción obtenida por el propietario. Quizá por eso la mirada de esos altos dignatarios se dirige al frente, tal vez en el momento que reflexionan acerca de la composición o en una pausa inspirada, y no con la mirada clavada en lo que escriben como lo haría un sencillo secretario que toma dictado. En esa estatuaria lo representado es el oficio y el estatus, queriendo indicar

la dignidad del personaje y la posesión de ese instrumento precioso que era la escritura. La postura del escriba egipcio integra dos rasgos en apariencia contrapuestos: la humildad de la sumisión al faraón y al Estado y la excelencia social y religiosa de la escritura.

Los instrumentos que el escriba egipcio llevaba consigo a su trabajo proveyeron el material pictográfico para el jeroglífico “escribir”. El signo muestra un receptáculo para pinceles en forma de una larga palma vegetal, una bolsa de



piel que contiene pastillas de tinta y una paleta de madera con dos cavidades para pigmento, todo ello unido mediante cordeles. El conjunto se transportaba fácilmente y el escriba solía colgarlo del hombro, teniendo cuidado de que la paleta descansara en su pecho, con lo que él mismo se convertía en un escritorio ambulante. Los instrumentos se convirtieron en el emblema del agente y su obra.

Dada la importancia de la escritura en el Egipto antiguo se han conservado un buen número de ejemplares de tales utensilios que habían sido depositados en las tumbas, al lado de sus antiguos propietarios, con frecuencia acompañados de invocaciones funerarias. Paletas de escriba o equipos de escritura completos se encuentran entre los bienes colocados bajo el féretro del difunto para su utilización en la otra vida,

y ocasionalmente el fallecido es representado recibiendo el equipo de escriba del dios Toth. Los altos dignatarios se enorgullecían de su conocimiento de la escritura y se hacían representar al lado de un enorme jeroglífico conmemorativo, o bien se les representaba varias veces en relieve, con el equipo de escriba bien visible.

Por una de esas ofrendas encontrada en Tebas sabemos que en la época de la V dinastía la sencilla paleta había sufrido transformaciones: ahora la tinta estaba adherida en la parte superior y contaba con una importante depresión donde eran conservados los pinceles. Los ejemplares de estas paletas suelen medir entre veinte y 43 centímetros de largo y entre cinco y ocho de ancho, con un grosor de 1.5 centímetros. Además del equipo básico, el escriba llevaba consigo una caja de pinceles adicionales, cajas para guardar documentos o papiros nuevos de uso personal, un pequeño utensilio en forma de mazo que le servía para pulir la superficie, un rollo de cuero que tal vez usara como superficie de ensayo para escribir, un caparazón de tortuga usado probablemente como contenedor de agua o recipiente para preparar mezclas y, por último, una figurilla de cerámica que representaba al rey Babuino, animal sagrado asociado al patrono de los escribas. Lo abandonaremos ahora, a punto de iniciar su trabajo y trazar el primer signo. Pero antes de marcharnos observamos que el escriba egipcio ha tenido la precaución de asperjar una gota de agua tomada de su vasija como ofrenda a su dios patrono: Toth.

“ME ESCRIBIERON EL CÁLAMO, LA MANO DERECHA Y LA RODILLA”

A diferencia del alto estatus otorgado al escriba egipcio, su colega el escriba grecolatino había descendido al nivel de secretario de la letrada aristocracia griega y luego romana. Su tarea con mucha frecuencia era tomar dictado, en cuyo caso era llamado *notarius*, anotando los signos en tablillas de madera recubiertas de una capa de cera suave, las cuales serían más tarde transcritas en rollos de papiro sea por el mismo secretario o bien por otros especialistas llamados *amanuenses* o *librarii*. El escriba griego y el escriba romano trabajaban sobre el papiro con un cálamo, originalmente un tallo vegetal (aunque los cálamos llegaron a ser fabricados en bronce) que estaba provisto de una hendidura en la punta para conducir la tinta. El escriba griego usaba un cálamo de punta delgada y dura que no acusaba los trazos llenos, mientras el latino recurría a un cálamo de punta ancha y flexible que le permitía oponer los trazos llenos y los finos dando a su escritura un

peso visual y un contraste que su colega helénico no lograba. Como sucede siempre con aquel que escribe de propia mano, ambos eran herederos de diversas tradiciones arcaicas: escribían en papiro, el mismo material que los escribas egipcios, pero a diferencia de éstos, que utilizaban un junco a manera de pincel y más bien pintaban que escribían, aquéllos usaban un cálamo, un tallo, como lo hacían probablemente los escribas de Mesopotamia.

La postura que los escribas grecolatinos adoptaban para realizar su trabajo merece una atención especial. En efecto, la evidencia arqueológica, literaria y artística indica que los secretarios y copistas de la antigüedad clásica no acostumbraban el uso de mesas o escritorios. Cuando tomaban dictado o hacían notas breves sobre tablillas, papiro o pergamino, estaban de pie mientras sostenían la superficie de escribir con la mano izquierda. Si su tarea era más compleja, por la copia o la transcripción, podían sentarse, ocasionalmente en el suelo, pero con mucha más frecuencia en un banco o en un taburete bajo, apoyando el rollo o la tablilla sobre las rodillas, las cuales eran elevadas colocando una pequeña plataforma bajo los pies del escriba. Es verdad que dentro de su mobiliario la casa del mundo clásico conocía las mesas decorativas, a veces muy elaboradas, y la mesa para comer, pero debido a la posición reclinada del comensal, ésta era demasiado baja y nunca fue levada lo suficiente para ofrecer una superficie cómoda de escritura. La misma evidencia es exhibida por el mobiliario de las escuelas helenísticas: los niños griegos aprendían sus letras y realizaban sus deberes sentados en bancos o en sillas, que era el mismo mueble que ocupaba el maestro que los corregía. Los autores adultos son descritos en la misma posición: en su segunda carta a Damagete, Hipócrates cuenta que habiendo ido a visitar a Demócrito, encontró al filósofo sentado bajo un árbol, teniendo sobre las rodillas un libro sobre el cual se inclinaba de cuando en cuando para escribir, y el poeta Calímaco se describe así mientras compone: “pues en la ocasión, incluso la primera en que dispuse la tablilla sobre mis rodillas... bajo el susurro de Apolo...” Existe alguna indicación de que los autores también tenían lechos para leer y escribir, en cuyo caso el escritor se acostaba de lado, sosteniendo el cuerpo en el codo izquierdo. Era desde luego una posición aristocrática, inútil para las tareas largas y penosas.

Las tablillas o los rollos eran apoyados en las rodillas o en el muslo de la pierna derecha del escriba mientras el volumen en blanco se desplegaba a sus pies, con frecuencia lejos, como lo muestra un díptico de mármol de fines del siglo IV d. C. que representa a Rufino Probiauno en su calidad de *Vicarius*

Urbis Romae. Otra escena muestra a un autor aparentemente inspirado por una de las musas mientras toma dictado: usa como apoyo adicional para el rollo la mano izquierda, postura que también es tradicional en las representaciones de los evangelistas. Se trataba de una postura que era propia al escriba grecolatino. Como se ha visto, su antecesor el escriba egipcio escribía sentado con las piernas cruzadas a la manera oriental. Los amanuenses griegos y romanos, cuyos instrumentos de escritura eran diferentes, adoptaron otra postura. Debió ser de tiempo atrás porque Homero atribuye esa posición a los seres divinos y dos veces dice de manera metafórica: “eso está colocado en las rodillas de los dioses”, en alusión al libro de los destinos personales, un texto en piel de cabra que se creía que Zeus debía escribir apoyado en sus rodillas. Todo indica que al menos hasta el siglo IV d. C. griegos y romanos, así fueran nobles o esclavos, maestros o alumnos, inspirados por las musas o simples estenógrafos, continuaron escribiendo documentos sentados en pequeños bancos, apoyando en las rodillas o muslos las tablillas y los rollos, sin hacer uso de mesas o escritorios. Es por eso que el colofón de un papiro del siglo III d. C. hace decir al texto: “me escribieron el cálamo, la mano derecha y la rodilla”.

No es tarea fácil ilustrar la postura adoptada por el escriba grecolatino en su trabajo y aun ha sido necesario un cierto esfuerzo para lograr reconocerla. La razón es la casi inexistencia de representaciones gráficas: la escritura era un trabajo servil y las faenas serviles no recibían el honor de ser recogidas por la iconografía. Por eso el escriba grecolatino se hace difícil de localizar. Los autores en cambio eran representados con más frecuencia, pero normalmente están leyendo, meditando o exhortando, a veces provistos de un rollo que mantienen cerrado en sus manos y nunca son representados escribiendo. Para encontrar la imagen del escriba grecolatino es preciso dirigirse a la iconografía cristiana, en particular a los evangelistas, quienes, debido a su calidad excepcional, funcionaban en el plano iconográfico como símbolos de los escribas ordinarios. Los evangelistas fueron representados con cierta frecuencia y durante un largo periodo de tiempo en imágenes fieles de los hábitos de escritura, porque las convenciones gráficas no eran una invención del artista sino reproducciones de los escribas y autores reales. El que se encontraran leyendo se explica porque los retratos de los evangelistas no se originaron en las artes monumentales como los mosaicos o el fresco para luego pasar a las miniaturas; más bien fue lo contrario, es decir que los retratos iniciaron como encabezados de los libros. En los manuscritos de los evangelios tales retratos, ya sea de pie o sentados leyendo y

escribiendo, eran usados como frontispicios quizá siguiendo la costumbre pagana de iniciar el libro con una imagen del autor. Los retratos de los evangelistas salvaguardaron así la imagen de aquellos que, muchas veces desde el anonimato, hicieron posible la difusión de la cultura clásica.

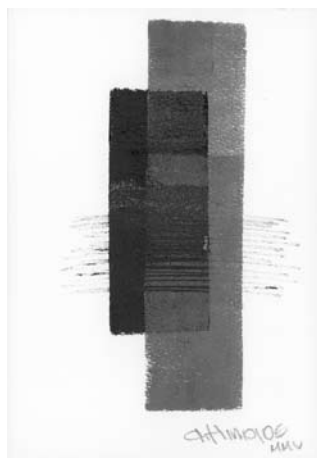
LA POSTURA DEL ESCRIBA MONÁSTICO

Después de llevar a cabo los oficios matinales, el grupo de escribas monásticos se dirigía en procesión al *scriptorium*, su lugar de trabajo. Como toda otra actividad en el monasterio, la escritura era establecida en función a la obra de Dios, en los intersticios de ésta, de manera que debía seguir sus ritmos. El escenario del acto de escribir había cambiado: los escribas se encontraban ahora concentrados en los monasterios y no ya en los dominios de aristócratas; ellos estaban encargados de la importante tarea espiritual de reproducir los libros sagrados, mucho más que obras mundanas, literarias, científicas o de entretenimiento. La “relación de escritura”, es decir, el encuentro entre un escritor y su página, se había transformado por completo. Con ello había cambiado también la disciplina corporal requerida.

El escriba monástico trabajaba sentado en un banco que carecía de respaldo; eran excepcionales aquellos que tenían el privilegio de san Martín de León, quien para redactar un largo trabajo se había hecho sostener el cuerpo y los brazos mediante cadenas fijas en la bóveda del techo. El escriba tenía frente a sí un escritorio que le presentaba un plano inclinado en ángulo agudo, de modo que la escritura era realizada en posición casi vertical. La postura del escriba, más familiar a nuestros ojos, refleja notables transformaciones respecto a sus antecesores en el mundo clásico, quienes escribían sentados en taburetes bajos, apoyando el rollo sobre las rodillas o los muslos. La evidencia que muestra los primeros escribas trabajando sobre una mesa data del siglo IV d. C., pero esas imágenes no se incrementan sino hasta el siglo VIII d. C. En ese mismo momento los evangelistas, que durante mucho tiempo habían sido representados escribiendo sobre sus rodillas empezaron a ser pintados trabajando sobre un escritorio. Adicionalmente, el copista monástico ya no escribía sobre un rollo desplegado sino sobre hojas de pergamino sueltas, sólo una de las cuales descansaba sobre su plano inclinado (aunque la iconografía los representó con mucha frecuencia escribiendo sobre un libro ya encuadernado, quizá por

convención artística). Hacia el siglo VIII d. C., cuando los *scriptoria* tenían su lugar bien afirmado en la arquitectura de los monasterios, los escribas habían adoptado en definitiva esa postura para escribir, incluida la presencia del ejemplar que debían copiar.

La postura física hace ostensible la relación particular que existía entre el monje y su página, relación que no tiene antecedentes ni en la antigüedad ni en la concepción moderna de la escritura. Él no escribía como sus antecesores tomando dictado de su patrón, y tampoco estaba ante su página como el escritor moderno, para expresar sus pensamientos y su irrepetible experiencia. Su tarea era actuar como correa de transmisión de una serie de valores eternos, reproduciendo fielmente aquellos enormes y hieráticos libros en los que se había depositado la palabra de Dios. Su libertad estaba acotada. Pero copiar un ejemplar antiguo es una tarea compleja que exigía conocimientos gramaticales, disciplina y laboriosidad. Penetrando en el *scriptorium*, se puede observar al escriba rodeado de un extenso equipo compuesto de cálamos y plumas, páginas de pergamino, tintas y adicionalmente una plana, un punzón



y una punta seca para trazar guías en la página, piedra pómez para suavizar el pergamino, una lima, un diente de jabalí o un trozo de marfil para borrar errores, crayón, secadores de tinta, cristales de aumento y, a partir del siglo XIII, un ingenioso dispositivo llamado *cavilla* para indicar sobre el ejemplar el lugar exacto donde se está copiando.

Entre todos ellos el cálamo y la pluma fueron sus instrumentos por excelencia. La diferencia es que el primero proviene de un árbol y la segunda de un ave. El cálamo es un pequeño tallo vegetal que el escriba preparaba seccionando la punta con una navaja para permitir la conducción de la tinta; tenía una cierta antigüedad y ya lo hemos encontrado en las manos del escriba grecolatino. La pluma en cambio es un instrumento más típicamente medieval. Ella podía provenir de un buitre, un pelícano, un cisne, un pato y hasta de cierta variedad de gallos, pero las más apreciadas eran las plumas de ganso: parece que la tercera y cuarta plumas del ala izquierda eran las más recomendadas y que un volátil podía proveer un máximo de diez plumas. La razón de ello es que para un copista que no sea zurdo la pluma ha de tener una ligera curvatura natural precisamente del lado derecho para que ajuste con comodidad en la mano, por eso debe provenir del ala izquierda.

La escritura se iniciaba desde el tipo de corte que se hacía en el cálamo o la pluma porque éste y la manera en que la

mano empuña el instrumento, determinan el trazo de la letra y la flexibilidad de la caligrafía. Durante la faena ambos instrumentos se desgastaban rápidamente: Juan de Tilbury, por ejemplo, señala cómo un amanuense que escribía al dictado necesitaba afilar su pluma con tanta frecuencia que tenía a la mano entre sesenta y cien ya cortadas y preparadas, lo que hace pensar que el escriba debía afilar su pluma más de setenta veces en promedio en una sesión de trabajo. La pluma requería mayor atención y sufría un desgaste más rápido pero aun así fue más apreciada que el cálamo durante la Edad Media, sin llegar a desplazarlo por completo. Tenía además la ventaja de ser más silenciosa, como exigían las reglas monásticas. Cuando no la usaba directamente, el escriba solía descansar la sobre la oreja como lo hacía el escriba egipcio y como lo hacen aún hoy muchos artesanos.

Mientras escribía con el cálamo o la pluma, el monje sostenía constantemente un cuchillo en la mano izquierda. No había impedimento explícito a que el escriba fuera zurdo, pero lo cierto es que en la simbología cristiana referida a la escritura la mano izquierda nunca alcanzó una valoración comparable a la mano derecha. El cuchillo en la mano izquierda se convirtió en el emblema iconográfico del escriba medieval. Fue también uno de sus instrumentos más apreciados. De las imágenes que lo muestran se extrae una gran variedad de forma que se explica porque era también uno de sus artefactos más útiles: el copista hacía uso de él para afilar su pluma y recurría también a él porque, a diferencia de los escribas judíos, al copista monástico sí le estaba permitido corregir sus errores de escritura raspando el pergamino.

Pero si estas razones justifican la presencia del cuchillo en cambio no explican por qué lo mantenía constantemente en la mano. Para entenderlo es necesario referirse a su técnica de escritura. En primer lugar, el cuchillo le permitía mantener el pergamino en contacto firme y permanente con la tabla de escritura, cuestión importante porque la caligrafía sobre pergamino es una tarea físicamente más demandante que nuestra escritura sobre papel. Pero la segunda razón, más relevante, es que el cuchillo le servía como punto de apoyo y equilibrio para la mano izquierda mientras escribía con la mano derecha separada del pergamino: la costumbre de mantener la ayuda del raspador, que ha perdurado largo tiempo, tiene quizá su origen en la costumbre de escribir con la mano elevada. Hoy, apoyando como nosotros lo hacemos, concebimos bastante bien que la mano izquierda podía en el límite permanecer separada del papel, pero hasta una época bastante tardía la mano del escritor no se plantaba francamente; por esa razón, el raspador que servía de apoyo a la mano izquierda

y que al mismo tiempo daba la estabilidad indispensable al pergamino permaneció en uso constante hasta la época del Renacimiento. Escribir con la mano levantada no era un hábito personal, sino una cuestión técnica que se mostraba incluso en la manera en que el copista tomaba la pluma.

Muchos de nosotros cogemos lápices y bolígrafos entre el extremo índice y el primer nudillo del dedo corazón, mientras presionamos con el dedo pulgar. Pero a juzgar por las ilustraciones, el copista monástico sostenía la pluma con la punta hacia abajo entre los extremos de los dedos corazón e índice mientras se apoyaba con fuerza sobre el pulgar. De este modo la pluma tocaba el pergamino mucho más verticalmente de lo que sucede hoy, y la tinta parece fluir mejor cuando la pluma forma un ángulo recto con la superficie de escribir. Con la manera medieval de sujetar la pluma los dedos tienen menor control sobre ella, pero esto no es obstáculo para quien realiza la caligrafía con la mano separada del pergamino. Escribir con la mano levantada fue una técnica que duró largo tiempo: los tratados de enseñanza de la escritura del siglo xv aún llaman *mala comprehensio* al pesado apoyo del antebrazo y del puño sobre el papel.

En síntesis, sirviéndonos únicamente de la actitud corporal de los copistas antiguos, hemos deseado mostrar que bajo el término *escribir* se esconden realidades muy diferentes. Las transformaciones en la “relación de escritura” no son nada más modificaciones técnicas en el acto de escribir (aunque éstas son reales) sino profundas alteraciones en la concepción de lo que es y lo que hace un escritor, en el uso de la escritura y en las expectativas de aquellos que son destinatarios del mensaje. Sin embargo, a través de todos los cambios permanece una constante: la escritura pertenece al mundo de la comunicación entre los hombres: ella sustituyó a la voz y permitió aproximar a los distantes, aisló al escritor pero de ningún modo lo eximió de entablar una relación de sí a sí, y una relación de sí con su otro. Por eso en esos gestos de apariencia insignificante se concentran siglos de transformaciones en las convicciones humanas. La escritura se revela así, después de un largo viaje, como uno de los grandes personajes en el diálogo que los seres humanos se ven obligados a entablar con los otros y consigo mismos. •

Septiembre de 2005

SERGIO PÉREZ CORTÉS es profesor-investigador de la UAM Iztapalapa. Doctor en lingüística por la Universidad de París X- Nanterre; doctor en filosofía por la Universidad de París I-Sorbona. Pertenece al SNI; es autor de *La prohibición de mentir* y *Palabras de filósofos*.